

Recursos relacionales: la reconstrucción de la terapia y otras prácticas profesionales en el mundo posmoderno*

Sheila McNamee**

Este artículo ofrece recursos para reconstruir la terapia y otras prácticas profesionales y sociales, incorporando las nociones de “responsabilidad relacional” e “inteligibilidad relacional”, introducidas por el Construccinismo Social y presenta un conjunto de prácticas.

Luego de décadas de formular prácticas terapéuticas focalizadas en el individuo y en las formas en que éste se desenvuelve en el mundo, la sistémica –desde diferentes disciplinas– ha dado grandes pasos para realizar (literalmente “hacer real”) una perspectiva relacional. La preocupación actual es expandir estos desarrollos focalizándose en la construcción relacional del significado, uno de los sellos distintivos del posmodernismo. Desde esta perspectiva, exploramos cómo todo aquello que es significativo para nosotros emerge en las relaciones, las comunidades, las prácticas locales y situadas, en vez de ver al individuo como el centro de todo emprendimiento humano. Hacemos esto con la esperanza de expandir nuestro repertorio de recursos para la acción, posicionando los discursos modernista y posmodernista como opciones para la transformación humana.

Desearía comenzar planteando algunos problemas relativos al término "psicoterapia" e invitando a los lectores a una exploración y reconstrucción de la labor de los psicoterapeutas. Al orientar nuestra atención a la creciente interdependencia entre culturas diversas, aunque similares en muchos aspectos y cada vez más conectadas entre sí por la tecnología, la idea de tratar a un individuo, pareja o familia se torna vulnerable a la crítica por su trivialidad o insignificancia.

¿Qué beneficios se logran brindando asesoramiento psicológico a un delincuente juvenil si el contexto escolar y el de su comunidad permanecen intactos? ¿Para qué preocuparse por mejorar la autoestima de una mujer si la seguridad que siente su marido con respecto a sí mismo como individuo competente sólo se alcanza por contraste con las falencias de ella? Yo no creo, en verdad, que la misión de la psicoterapia sea trivial o insignificante, pero pienso que debemos responder a estas críticas, que se han vuelto elocuentes.

Hay una opción, por lo menos, y consiste en considerar las formas relacionales de inteligibilidad. La "inteligibilidad relacional" se apoya en la perspectiva del construccionismo que propone que todo lo que adquiere sentido y/o está dotado de significado para los actores sociales, emerge y se torna "inteligible" en las relaciones. El sentido/significado no está en la mente de las personas (como espacio individual) sino en la actividad conjunta en relación. La inteligibilidad relacional, entonces, remite a la comprensión de que lo importante o significativo es un derivado de las relaciones.

Ahora, quisiera introducir la noción de "responsabilidad relacional" (McNamee y Gergen, 1998), como una noción que podría revitalizar el trabajo profesional de los terapeutas. Definimos la "responsabilidad relacional" como una atención focalizada en cómo nos relacionamos. No empleamos el término "responsabilidad" como un elemento moralista divisorio sino como un recurso conversacional. La responsabilidad relacional no se sitúa en nuestro interior, sino en el intento compartido de establecer las condiciones que nos permitan aunarnos en la construcción del significado y de la moralidad. Las acciones dotadas de responsabilidad relacional son las que promueven e incrementan las formas de intercambio (interacciones) a partir de las cuales se torna posible una acción significativa. Si el significado humano es generado por nuestra participación en las relaciones, ser responsable hacia los procesos relacionales implica favorecer la posibilidad del significado mismo, de poseer un *self*, valores y sentido del propio valor. El aislamiento constituye la negación de lo humano en nosotros.

Tenemos una opción disponible para revitalizar nuestra práctica que consiste en considerar las diversas formas relacionales de inteligibilidad. Ésta es una opción que se focaliza en los procesos microsociales –los intercambios de las personas en relación– en tanto dan cuerpo a redes relacionales amplias. Cuando se describen en términos relacionales, los problemas de una persona dejan de ser exclusivamente suyos. De manera similar, las crisis mundiales no son ajenas a la forma en que educamos a nuestros hijos, participamos en nuestras respectivas comunidades y realizamos nuestro trabajo.

Una vez situados en la inteligibilidad relacional, podemos desplazar nuestra atención, como dice Sampson (1993), a lo que sucede *entre* las personas en lugar de centrarnos en lo que sucede dentro de cada una de ellas. Este desplazamiento revitaliza nuestro sentido comunal, otorga amplia significación social y cultural incluso a nuestras

acciones más circunscriptas, y nos proporciona opciones discursivas que giran en torno de nuestro compromiso relacional. En el marco de estas precisiones, debemos preguntarnos: ¿qué clases de mundos sociales son posibles si pasamos de una tradición individualista a otra centrada en la inteligibilidad relacional?

Al responder esta pregunta, muchos concuerdan en que la tradición individualista de la que proceden la mayoría de las investigaciones y terapias es limitada. Si bien ella puede mostrar varios "avances" y "éxitos", sólo constituye una voz entre muchas. Es verdad que ha creado un mundo en el cual la gente se siente capaz de predecir su comportamiento y el de los demás, así como una serie de curas o tratamientos para los problemas sociales que aquejan a gran número de individuos; pero también es cierto que el individualismo dominante ha generado muchos de los problemas actuales. El hecho de que cada persona atienda a su propio éxito o fracaso, a sus particulares pensamientos y sentimientos, o a la ventaja competitiva del país en el que vive, ha dado origen a un mundo en el que prevalece el aislamiento. Ha desaparecido ese sentimiento de comunidad y de acción cívica tan celebrado en siglos anteriores. Si focalizamos nuestros esfuerzos en el análisis "apropiado" de cada problema por separado y en aplicar "la" receta para su tratamiento (consecuencia directa del discurso modernista tradicional), no necesitamos explorar los modos específicos de *relacionarnos* unos con otros. De acuerdo con la tradición individualista, lo único que necesitamos es un plan de acción que nos permita superar los desafíos cada vez mayores del futuro.

Límites de la tradición individualista

La tradición individualista postula que el *self* es la fuente originaria de todo pensamiento y acción. Nuestra conciencia privada registra nuestra experiencia del mundo y cada individuo comprende, resuelve problemas, hace proyectos y se fija objetivos partiendo de su propio interior. Consecuentemente, educamos la mente individual, recompensamos o castigamos a los individuos por su trabajo, practicamos la psicoterapia y atribuimos responsabilidad a los individuos. En suma, el individuo es el origen del bien y el mal sociales

Filósofos como Rorty (1979) han argumentado que la idea de que existe una mente interior que refleja una naturaleza exterior no es un simple corolario de la existencia humana sino una *convención* situada históricamente. Los estudios históricos documentan las cambiantes concepciones sobre la mente que han prevalecido. Por ejemplo, ya no hablamos de la "histeria" o del "alma" como manifestaciones de la mente y vamos contabilizando de continuo nuevas realidades mentales (ver Kutchins y Kirk, 1997; Harré, 1979; Graumann y Gergen, 1996). Los desarrollos antropológicos han puesto de relieve las distintas concepciones de la mente que rigen en diferentes culturas (ver Lutz y Abu-Lughod, 1990; Heelas y Lock, 1981; Shweder, 1991). Para los budistas lo importante es la unidad del todo y no la conciencia de una existencia independiente. . Y los especialistas en teoría literaria ponen en tela de juicio la antigua creencia de que el lector debe individualizar al autor que dio origen al texto y descubrir así el verdadero significado de éste. En contraste con ello, deconstruccionistas como Derrida (1976) y Fish (1980) nos muestran que la escritura no es una manifestación de la mente del autor sino de los sistemas del lenguaje que involucran determinados géneros y tradiciones de escritura. Según estos autores, la escritura es una práctica cultural e históricamente contingente del uso efectivo de una lengua, y leer consiste en *participar* en prácticas interpretativas inherentes a cada cultura.

Estas críticas tienen importantes implicaciones para nuestra discusión. Uno no puede crear significado solo, ni elegir racionalmente entre varias buenas opciones que compiten entre sí sin haber absorbido antes las inteligibilidades de una comunidad. Sin embargo, el discurso individualista continúa siendo nuestra tradición (o convención) dominante. Dicho discurso influye en la vida cultural al valorizar al *self* como origen de la acción. El resultado es que priorizamos el *self*, y valoramos nuestros propios objetivos, necesidades, apetencias y derechos. Nuestra principal preocupación radica en averiguar cómo es que ganamos o perdemos, y si examinamos las acciones de los demás sólo es para ver de qué modo afectan las nuestras.

El discurso individualista genera un sentimiento básico de independencia o aislamiento. Nunca estoy seguro de ser comprendido. ¿Por qué habría de poner mi energía en sucesos que podrían reducir mi libertad individual? Como producto colateral de esta manera de hablar, las relaciones devienen *artificiales* y es necesario "trabajar en ellas". Y si

trabajar en una relación nos resulta pesado, simplemente nos replegamos a nuestro propio ser y nos preguntamos: ¿qué es lo mejor *para mí*?

También la sociedad sufre los efectos nocivos que esto tiene. Si cada cual sólo se preocupa por sí mismo, ¿quién se ha de ocupar por ejemplo del medio ambiente? En este ámbito, el beneficio individual es equivalente al empobrecimiento de la comunidad. En la educación superior se presta poca atención a las formas cooperativas de aprendizaje. La capacitación empresarial pone el acento en el desempeño individual y en la realización de talleres sobre liderazgo y formación gerencial. Los tribunales tratan de dirimir las culpas individuales y permanecen ciegos ante los procesos sociales más amplios en los que se inserta el delito. Y tanto en el plano nacional como mundial, el individualismo promueve interminables conflictos entre principios morales o ideológicos incommensurables.

¿Constituye éste un buen camino hacia el futuro?

El mundo globalizado actual hace que cada vez haya más contacto entre las culturas. Existe una demanda tanto pragmática como teórica de prácticas comunitarias. En este mundo nuestro, la ideología individualista es con frecuencia catastrófica. En lo que sigue intentaré exponer alternativas relacionales que podrían complementar nuestras tradiciones individualistas. ¿Habrá formas de relacionarnos (de hablar y de hacer) que privilegien las relaciones por encima de los individuos y así brinden oportunidades para un diálogo transformador? Después de todo, la psicoterapia se focaliza en la transformación. ¿De qué manera puede una sensibilidad relacional brindar recursos generadores y transformadores para actuar en el contexto psicoterapéutico? Simultáneamente, no es menos significativa la necesidad de reconocer el papel que cumple la psicoterapia en la perpetuación y/o transformación de prácticas sociales más globales.

Inteligibilidades de la relación

En nuestro diario vivir enfrentamos miles de situaciones que nos angustian: casos de fracaso, estupidez, hostilidad, deshonestidad, injusticia, violencia, etc. Hemos heredado de nuestra tradición una fuerte tendencia a situar la fuente de estas deficiencias en la mente individual, ya sea que actuemos de manera individual o colectiva. No obstante, no sólo comprobamos que carecemos de los recursos conceptuales para sostener dicha tradición,

sino que la presuposición de que la responsabilidad es individual da lugar a una variedad de prácticas destructivas dentro de la cultura. *¿Frente a qué alternativas estamos?*

Si nuestro discurso constituye y sustenta la vida cultural, es esencial desarrollar nuevas formas de inteligibilidad, que alienten, sugieran o promuevan otras modalidades de acción; pero éstas simplemente contribuirán a aumentar la tradición individualista ya establecida, no a reemplazarla. A partir de las relaciones generamos significado y racionalidad, otorgamos sentido a nuestros valores, intereses morales, motivaciones, etc. ¿A partir de esta sensibilidad, podríamos desarrollar (hacia las relaciones) recursos discursivos que desplacen la atención de las fuentes individuales de la acción hacia la esfera de la relaciones? ¿Podemos conferir al lenguaje relacional un carácter palpable gracias al cual tenga el mismo valor pragmático que la inteligibilidad de las mentes individuales? Mi objetivo no es establecer un lenguaje relacional único sino basarme en los intentos ya existentes en la materia y avanzar hacia la especificación de un rango de procesos dialógicos que empleen múltiples discursos relacionales. Haré para ello cuatro sugerencias.

Recursos dialógicos para la inteligibilidad relacional: Otros internos¹

Llevamos con nosotros a los demás, estamos constituidos por los otros y, en virtud de nuestra identidad parcial con ellos, siempre estamos relacionados.

Aceptar esto es aceptar que lo que habitualmente señalamos como acción autónoma de otra persona es engañoso. Las palabras y hechos de cualquier individuo se relacionan con los individuos a quienes aquél se dirige; si otro nos habla, ya estamos incluidos de algún modo en su elocución. Además, si las palabras y acciones de los otros son el remanente de miles de relaciones, queda desvirtuada la defensa ante un ataque, la corrección ante un error o el castigo ante un proceder grosero o descortés. Un ataque, error

¹ A propósito de los "otros internos", cabe mencionar algunos aspectos de la obra del psicólogo ruso Lev Vygotsky, un precursor importantísimo de los estudios relacionados con la dinámica pensamiento-lenguaje. Dicho autor habla de "discurso interno" para referirse a la construcción social del proceso mental. A partir de la interacción, principalmente de la verbal y su internalización, se van construyendo los "otros internos", modificándose y evolucionando en cada nueva interacción en el decurso de la vida. Vygotsky desarrolla estas temáticas en *Pensamiento y lenguaje* (Buenos Aires: Paidós) y en *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores* (Barcelona: Crítica). *Nota del Comité de Redacción.*

o descortesía son medidas coherentes dentro de cierto discurso relacional. Más bien deberíamos preguntarnos: "¿Quién habla y actúa en este caso?", "¿Quién escucha?", "¿Cuáles son las voces que no se escuchan?", "¿Qué individualidades sufren?", "¿Por qué predomina tal o cual voz y no tal o cual otra?", "¿Cómo podemos contribuir a que cobren vida estas potencialidades suprimidas?".

Dar voz a los otros internos en la práctica psicoterapéutica. El elemento decisivo es en este caso ampliar la capacidad del individuo para la multivocalidad. Reconociendo el grado en que cada persona porta consigo la impronta de relaciones anteriores, pueden realizarse notables exploraciones de la multiplicidad.

David Epston (1992) ha desarrollado una práctica terapéutica que se apoya en la idea de "interrogación al otro internalizado", propuesta por Karl Tomm. En este procedimiento, se solicita a los participantes que exploren las voces que habitan su interior. Esta línea de indagación les permite reconocer y legitimar las inteligibilidades, a menudo conflictivas, de que disponen para enfrentar diversas situaciones problemáticas. Como suele suceder, la persona atrapada en una situación problemática suele describir un plantel de personajes centrales que cumplen funciones nocivas para la resolución del problema. Estos otros internalizados rara vez están ausentes de la conversación terapéutica, pero también puede invitarse a otras voces adicionales para que se sumen a la conversación. Por ejemplo, el individuo puede encontrar apoyo interno para sus sentimientos o acciones en la voz de un amigo íntimo, un pariente o un colega. Una persona puede localizar una segunda voz que represente sus "dudas" en torno de una determinada posición (también aquí podría tratarse de un amigo o pariente, así como de un rival). Una tercera voz podría sugerir una opción distinta que conviene explorar. Atribuida a algún otro internalizado, esa sugerencia permite sopesar la idea antes de aceptarla como viable, ya que se la considera en cierto sentido "despersonalizada". Y dado que la voz de la autocrítica es con frecuencia la más dura, la gama de recursos existentes para la resolución de problemas se amplía cuando se da voz a los que alaban, admiran, respetan o emulan.

Desde el punto de vista de Epston y de Tomm, el hecho de dar voz a estas diversas inteligibilidades ayuda a los participantes a cobrar sentido de su propia multiplicidad.

Además, reconocen esta multiplicidad como una herramienta útil en lugar de considerarla una falla del carácter. Los participantes encuentran nuevas formas de entrar y salir de varias identidades y modalidades de acción dentro de la relación porque han creado un sentido de que cada una de estas individualidades o *selves* es legítima en cierto contexto relacional. ¿Cómo podemos llevar las ideas de Epston y Tomm a la práctica de la responsabilidad relacional?

Pido al lector que imagine la provocación que aportará la introducción de inteligibilidades diversas en el desarrollo de un conflicto en curso. Si un copartícipe trata de avanzar rápidamente en una discusión sobre el compromiso relacional, otro podría dar vida a una voz que encuentra beneficioso prolongar la discusión con el propósito de incrementar la comprensión. Es decir, podría incluirse en el diálogo la voz de alguien que respete la parte cuestionadora o cautelosa y por ende postergue una decisión inmediata. Al considerar estas voces adicionales, la voz predominante con la que uno habla en la mayoría de los casos es identificada como una entre muchas, no la única. A tal fin, se incluirá en el conflicto actual la red relacional más amplia dentro de la cual se generan inteligibilidades diversas.

Análogamente, en su trabajo con las narraciones de los consultantes, Penn y Frankfurt (1994) alientan el uso de voces múltiples, en particular a través de la escritura. Basándose en el "dialogismo" de Bakhtin (1981), proponen que la construcción del *self* requiere de un otro. Dicen: "La voz [...] es generativa; es inconclusa y siempre aguarda respuesta [...] invita al otro a lo que podríamos llamar un *espacio dialógico*" (pág. 222). A partir de estas ideas, Penn y Frankfurt descubrieron que es dable invitar a participar en la conversación terapéutica a distintas voces por vía de la escritura. Sostienen que, como la escritura se desarrolla a un ritmo diferente que el habla, da cabida al incremento de la "complejidad" o al "hojaldrado" de las percepciones y reacciones, promoviendo así diversas lecturas de una misma situación. Además, invita a los consultantes a que tomen en cuenta a ciertas voces habitualmente silenciosas, como posibles recursos o como voces con algo para aportar. Los consultantes pueden repasar sus escritos mientras trabajan dentro y fuera del contexto terapéutico, y hasta se los insta a reexaminar, corregir, elaborar y conservar su prosa. Afirman los autores que la escritura "nos estimula a desarrollar múltiples lecturas de nuestra propia experiencia" (pág. 230).

La obra creativa de Penn y Frankfurt nos permite concebir otra manera de invitar a los coparticipantes ausentes o callados a que intervengan en una narración en apariencia fija. Imaginemos asignar a cónyuges en pugna la tarea de escribir cartas dirigidas a una gran cantidad de copartícipes significativos relacionados con ellos cuya participación suele marginarse (v. gr., los padres, profesores, vecinos, héroes, etc.) o libretos que contuvieran conversaciones con dichas personas. De este modo, esos otros son incorporados a la situación actual, expandiendo así la responsabilidad entre diversas tradiciones y trayectorias relacionales.

Ni siquiera es indispensable que las personas escriban; bastaría con que se detuvieran a considerar mentalmente cómo encararían una carta o libreto de esa índole. Puede imaginarse de qué manera cada uno de los integrantes de una pareja atascada en una discusión respondería al otro si se proyectase a sí mismo al pasado o al futuro en una conversación con un tercero (tal vez un amigo íntimo, pariente o compañero de trabajo) que girase en torno de su presente discrepancia con su cónyuge. La consideración momentánea de estos escritos o conversaciones ficticias podría ser suficiente para introducir una voz diferente o una nueva descripción de los sucesos o secuencia de acciones. Se dispondría de esta manera de "audiencias" temporarias para un cúmulo de relaciones significativas.

En el campo afín del desarrollo organizacional –que a mi juicio puede trasponerse fácilmente al ámbito terapéutico–, Cooperrider (1990) ha generado diversas formas de invitar a los consultantes a que expandan sus vocabularios descriptivos. Afirma este autor que la mayoría de los desarrollos organizacionales (como la mayoría de las terapias) adoptan un método de resolución de problemas que privilegia las conversaciones focalizadas en descubrir las causas de los problemas y en planear medidas para corregirlos. Cooperrider propone a los participantes de las organizaciones que incluyan asimismo voces apreciativas, o sea, formas de describir las cuestiones que creen un sentimiento positivo de pertenencia. La tarea de Cooperrider contribuye a invocar estas voces apreciativas, invitando a los participantes a que describan las prácticas positivas. A menudo dichas voces brindan las imágenes positivas concretas a las que ellos y otros pueden aspirar. El resultado es que frecuentemente "el problema" se disuelve.

En las situaciones problemáticas que todos enfrentamos cotidianamente solemos buscar las causas y soluciones de los problemas. Desplazando nuestro foco a la exploración

apreciativa, hacemos lugar a que voces diferentes participen de la conversación. Por ejemplo, un terapeuta frustrado podría ampliar la gama de relaciones preguntándose cuáles son sus habilidades terapéuticas más eficaces y generadoras, o qué posibilidades creativas podría generar en el futuro basándose en sus habilidades actuales. En un ámbito diferente, ¿cómo se podría alterar la imagen que tiene de sí misma una madre abrumada de culpa por tener que irse de su casa a trabajar, si imaginase una serie de conversaciones centradas en la forma en que su trabajo permitió la construcción de comunidades de atención y cuidado para su hijo como extensión natural de la familia nuclear? También aquí, reflexiones esporádicas sobre tales diálogos podrían contribuir en forma significativa a ampliar el sentido de la responsabilidad relacional extendiendo los alcances de la conversación con uno mismo.

Con esto se vincula la labor terapéutica de Mony Elkaïm (1990), quien sugiere prácticas que pueden también incorporarse eficazmente a la vida diaria. Cuando en la terapia un consultante se describe a sí mismo o se refiere al problema que tiene, Elkaïm sugiere al terapeuta que escuche sus voces internas de respuesta al consultante. El terapeuta mientras escucha al paciente se escucha a sí mismo y se formula una serie de preguntas: ¿A qué tipo de respuesta invita esa descripción? ¿Me pide que sea un padre, un contrincante, un admirador, etc.? Elkaïm explica que si se pretende quebrar una pauta de antigua data, importa que el terapeuta se abstenga de reaccionar en la forma en que se lo invita a responder; desde su lugar de terapeuta más bien debe explorar otras voces alternativas que tenga disponibles y puedan resultar en reacciones inteligibles, pero que no fortalezcan o sustenten las reiteradas pautas de presentación de su persona establecidas por el consultante. Consideremos las implicaciones en la vida diaria.

A veces nos topamos con una persona que, ya sea por su agresividad, porque nos acusa de algo o porque se conduce con nosotros de modo descortés y grosero, nos lleva a un enfrentamiento. Sentimos entonces un fuerte impulso a contraatacar, secundados por el júbilo que nos produce nuestra justificada indignación. El resultado es razonablemente previsible: el contraataque no hace sino avivar el antagonismo del otro. Sin embargo, si partiéramos de nuestra multitud de voces internas, nuestra reacción podría conferir al "ataque" un nuevo sentido en virtud de nuestra respuesta. ¿Podríamos imaginarnos respondiendo con un comentario que construya la imagen del otro como una persona

importante, querida, respetada, valorada? ¿No podríamos invitar al otro a que coopere con nosotros a fin de crear las condiciones para su "éxito" en la presente circunstancia? ¿No podríamos invitarlo a colaborar con nosotros para construirnos *a nosotros mismos* como personas serviciales, benevolentes, consideradas, y *a él o ella* como una persona importante, respetable, etc.?

Esta riqueza de recursos, ya bien establecida en varios ámbitos profesionales, sustenta nuestros esfuerzos por dar una forma práctica a la responsabilidad relacional. No estoy abogando en favor del uso de una lista determinada de técnicas, sino más bien en favor de una gama de "tendencias" o "movimientos conversacionales provocativos" que se apoyen en un discurso relacional. Además de estos recursos conversacionales, he encontrado útil formular diferentes preguntas para convocar otras inteligibilidades (maneras de construir sentido). Podríamos preguntar, por ejemplo: "¿De quién es la voz que no se escucha aquí?"; "¿Por qué es esta voz la predominante?"; "¿Qué otras personas podrían dar su opinión sobre lo que está sucediendo?"; "¿A quién otro podría yo contarle esto, y de qué modo se lo contaría?". Todas ellas contribuyen a la exploración de nuestra vida relacional mediante la indagación de nuestros otros internos.

Relaciones conjuntas

En este caso el foco se desplaza al campo del intercambio público o la acción conjunta. Lo que me interesa no son los ciclos de acción y reacción, sino aquellas pautas en las que la inteligibilidad de cada acción depende de la de otra. La atención está puesta en la forma en que se generan, sustentan o quiebran los significados en las relaciones. En sí mismas, las acciones no tienen significado. No hay forma de separar al *self* con respecto al otro: las acciones de un individuo nunca son independientes, cobran inteligibilidad como tales en virtud de los otros. Por ejemplo, una acción hostil no podría ser considerada como tal si no hubiese otra persona que la considere así. Además, cuando los significados problemáticos y sus prácticas conexas se ritualizan en una relación, lo indicado sería ver la forma de desnaturalizarlos, con lo cual quiero decir interrumpir tales rituales con medidas alternativas. Ello exige explorar formas alternativas de suplementación (respuesta) o de interpretación. Por último, cuando identificamos problemas en una relación, podemos tener

en cuenta que no sólo están en danza los individuos involucrados, sino que lo que hace o dice cada uno de ellos cobra coherencia a partir de algún otro dominio relacional.

¿Podemos indagar en esas otras relaciones?

Moldeando relaciones conjuntas en la práctica terapéutica. Básicamente, lo que aquí me interesa son las pautas de interdependencia entre las personas, su construcción conjunta de sí mismas y del mundo. A los fines de la responsabilidad relacional, dejemos de lado la pregunta acerca de por qué yo actúo de tal o cual manera o por qué él actúa de la manera que lo hace, y preguntémonos en cambio cómo *nosotros* logramos crear un escenario particular que favorezca tales acciones. El foco está puesto en el logro conjunto de los resultados.

En lo tocante a la práctica profesional, también en este caso contamos con precedentes. Entrelazadas con las conversaciones terapéuticas del equipo de Milán (Boscolo et al., 1987) se hallan formulaciones que subrayan la realidad de la relacionalidad. En la forma de trabajo del equipo, acciones que tradicionalmente eran consideradas como características individuales son reconstruidas como logros relacionales. Con suma frecuencia, el vehículo de dicha reconstrucción son las preguntas circulares, técnica ésta que se basa en un lenguaje relacional. En vez de aceptar los comentarios de los participantes (v. gr., "Mi marido siempre me rechaza") como declaraciones verídicas o como simples descripciones, los integrantes del equipo de Milán formulan preguntas que llevan a los participantes a indagarse cómo obran en conjunto a fin de crear sus respectivas identidades (v. gr., "¿En qué momentos es más probable que su marido la rechace?"; "¿Hay momentos en que él no la rechaza?"; "¿Qué es lo que usted más probablemente está haciendo en esos momentos?"; "Si usted supiera de antemano que él va a rechazarla, ¿cree que podría hacer algo para prevenirlo?", etc.). De esta manera, las creencias individuales se describen como un producto colateral del intercambio entre los copartícipes.

El estilo conversacional o de indagación del equipo de Milán alienta a los participantes a considerar sus problemas o conflictos en términos de sus logros relacionales. Como la comparación y el contraste requieren adoptar una posición relacional, los relatos individuales de los participantes se convierten en relatos sobre sus relaciones mutuas. Partiendo de esta idea, podríamos examinar de qué manera los participantes en conflicto

verbalizarían su éxito conjunto en la construcción de identidades no deseadas. Un terapeuta podría manifestar que él desempeña muy bien el papel de curador psíquico y aplaudir el notable desempeño de su consultante manifestando su patología psíquica, como un halago lógico. Un matrimonio podría analizar en qué forma cada cónyuge es capaz de refinar, en sus reiterados conflictos, su rol asignado (regañón, perfeccionista, histérico, criticón, etc.) a partir de la conducta que prevé en el otro. Las conductas del cónyuge criticón, por ejemplo, serían inútiles si el otro no pusiera en acto la fragilidad de su yo, y viceversa. Quienes están dispuestos a jugar con esta clase de intercambios necesitan reconocer la complementariedad de las respectivas acciones en la génesis de las pautas indeseadas. La tendencia a hablar en términos de complementariedades se torna así una práctica útil.

En una línea semejante, Pearce y Cronen (1980) ilustraron la naturaleza relacional de las pautas de interacción que pese a ser indeseadas se vuelven repetitivas. Estos autores examinaron de qué manera los participantes se ven embretados en tales intercambios indeseables. Sus estudios describen cómo da cuenta cada participante de su deseo de un tipo de interacción distinta y cómo documenta sus tentativas de lograr que tales conductas fructifiquen, pese a lo cual se suceden las pautas indeseadas. Todos los participantes en los estudios de Pearce y Cronen informaron que, en tales circunstancias, la única conclusión lógica que puede extraerse es que la reiteración de la puesta en acto del episodio indeseado es una falla del copartícipe en la conversación.

No obstante, los autores han sabido ilustrar de qué manera las acciones conjuntas de los participantes crean una maraña ineludible. Señalan las limitaciones inherentes al hecho de que los actores examinen estos episodios indeseados con un enfoque individualista y proponen un análisis que ubique la acción de cada uno respecto de las acciones suplementarias de su copartícipe, así como respecto del significado que cada uno de ellos construye para tales acciones. Además, sitúan los relatos de las personas sobre estas rutinas indeseadas en el marco de escenarios relacionales más amplios. Por ejemplo, examinan de qué modo la descripción que hace cada cual del episodio indeseado y de sus propias acciones se amolda a sus narraciones más amplias sobre las relaciones, la identidad y las pautas culturales. Puntualizan que los diferentes relatos relacionales de los participantes convergen en la construcción conjunta por parte de ambos de la pauta actual indeseada. Estos análisis brindan un nuevo ejemplo de la concepción del intercambio social como

producto colateral de las relaciones conjuntas. De la obra de Pearce y Cronen se pueden extraer algunas ideas para la aplicación práctica a la responsabilidad relacional.

Por otra parte, los participantes en diálogos pueden reflexionar sobre el modo en que sus respectivas conductas evocan respuestas determinadas del compañero/a. Además, los actores pueden indagar las narraciones vitales más amplias que se vinculan con la comprensión de la actual situación. Centrándose en lo que Pearce y Cronen (1980) denominan "lógica de la interacción", quienes están atrapados en episodios indeseables podrían examinar entre sí lo que tienen de lógico y coherente tales episodios, a pesar de sus dimensiones desagradables. Encuadrar un conflicto como algo coherente (aunque no necesariamente aceptable) constituye una interesante medida conversacional cuando se la contrasta con la tendencia general a encuadrar todo conflicto como algo ilógico e irracional. Este posicionamiento resulta útil para incrementar la responsabilidad relacional, en la medida en que los participantes desplacen su foco hacia su construcción conjunta de la situación.

En términos más generales, es útil vislumbrar, dentro del campo de las relaciones conjuntas, una conversación tal que el sentimiento de independencia de los individuos ceda lugar a un discurso en el que predomine el "nosotros": "*Estamos atentos*", "*Nos preocupamos cada uno del otro*", "*La argumentación que hemos desarrollado fue correcta*", "*No sabemos entablar conversaciones de apoyo como corresponde*". Abogando por este tipo de discurso, Shotter (1984) señala que, cuando se comienza a hablar de esta manera, es difícil o imposible resucitar la búsqueda de las intenciones, motivos o responsabilidades de cada individuo, y propone la expresión *acción conjunta* para designar con propiedad nuestra manera de crear significado. Al adoptar esta clase de descripciones, avanzamos hacia otras formas de descripción en las que el protagonismo o la responsabilidad individual sean sustituidos por la descripción de los logros relacionales. Sin embargo, el hecho de que nos centremos en las relaciones conjuntas no debe anular las voces que discernen culpas o fallas ya sea en uno mismo o en los demás, pues también ellas merecen que de vez en cuando se las escuche. Nuestra esperanza radica más bien en proporcionar nuevas opciones.

Relaciones entre los grupos

Con frecuencia empleamos el lenguaje del individualismo para referirnos a las operaciones de grandes grupos o para describirlas. Decimos, por ejemplo, "la organización resolvió...", "el gobierno controla..." o "la familia siente que...". De la misma manera, usamos este lenguaje para referirnos a la relación entre grupos, y hablamos de "las expectativas de las empresas respecto del Estado" o "la ira que siente la familia Jones respecto de la familia Smith". Incluso las conversaciones entre especialistas de una misma disciplina adoptan esta forma: los politólogos dicen que las naciones "luchan" o "compiten", los sociólogos se refieren a las "ambiciones" de los movimientos sociales, los expertos en comunicación hablan de la "simetría" de las relaciones.

Mediante la transformación de la conversación individualista en otra aplicable a grupos sociales más amplios nos desplazamos de los rituales de inculpación individual a la esfera relacional. Aquello que previamente podría haberse visto como una falla individual, ahora es comprendido como una actividad coherente dentro de un grupo o una comunidad. Por supuesto, este movimiento abre la posibilidad de desplazar la culpa del individuo al grupo. Sin embargo, aun la dislocación temporaria de la culpa desde lo individual a los agregados más amplios abre nuevas posibilidades conversacionales ampliando consecuentemente el potencial para la construcción de nuevos significados relacionales. Las acciones de los individuos pasan a ser entonces manifestaciones de agregados mayores. Por ejemplo, si un esposo tiene un estallido de ira sin motivo aparente, podemos ver en ello una manifestación de la competencia que debe soportar en su lugar de trabajo; el robo es considerado un problema que deriva de las relaciones económicas entre las clases sociales. Los individuos sólo son ejemplos de las relaciones entre grupos. Además, estamos obligados a comprender nuestras propias construcciones de los actos ajenos en términos de las instituciones más amplias que nos constituyen. Lo que definamos como "robo" dependerá así de nuestra posición más o menos privilegiada dentro de la estructura de clases; tal vez en el marco de quienes participan en él, sea considerado un acto de autopreservación o de heroísmo. Estos discursos sustituyen la inculpación individual por la colectiva, aunque sólo por un tiempo. En principio, el proceso de responsabilidad relacional nunca concluye.

Invocación de las realidades grupales en la práctica psicoterapéutica. En la práctica, nuestro foco se desplaza a las relaciones entre relaciones, a la responsabilidad relacional generada por la ampliación de nuestras inquietudes hasta alcanzar a grupos o instituciones que pueden gravitar en nuestros intercambios inmediatos.

Veamos algunos precedentes. Nuevamente, la obra de Penn y Frankfurt (1994) es una útil ilustración del aumento de redes más amplias de relaciones que pueden incorporarse en la conversación. Al invitar a sus consultantes a que escriban a y para otros, estos autores introducen una singular innovación, que no se aleja mucho de las primeras técnicas del juego de roles. Los consultantes estimulados a escribir cartas o diarios íntimos dirigidos a personas que no están presentes en sus contextos vitales inmediatos se benefician con redes de relaciones en expansión. Sus escritos no representan voces aisladas sino conjuntos enteros de copartícipes relacionales, y devienen recursos enriquecedores para construir otras formas de hablar y de actuar.

Nos ocuparemos ahora del modo en que nuestra involucración con grupos más amplios, no presentes en un intercambio determinado, puede abrir la gama de posibilidades de renegociación de los conflictos. Esto puede lograrse mediante un juego de roles real o imaginario, o mediante la escritura. En una disputa conyugal, por ejemplo, podrían emerger un cúmulo de nuevas descripciones si cada copartícipe se imaginara escribiéndole a su familia para relatarle el conflicto actual, y también imaginase cómo reaccionaría su familia. Supongamos que un marido, angustiado por los intercambios negativos que mantiene con su esposa, pergeñara una carta a su familia de origen o un libreto imaginario que la incluyese. En esa carta o libreto le describiría lo que lo perturba de su relación marital actual pero también lo que le produce placer. Al hacerlo, comienza a ver ciertos paralelismos con su familia de origen. Ver sus propias acciones en este marco le da, en primer lugar, un contexto de coherencia, y, en segundo lugar, la posibilidad de establecer distinciones entre su matrimonio y su familia. Así aplicadas, estas prácticas enriquecen nuestra exploración de la responsabilidad relacional, por cuanto las acciones y problemas específicos pueden vincularse con redes más amplias de relaciones significativas.

De manera semejante, podría invitarse a todos los participantes (el terapeuta incluido) a identificar quién les ha hecho un encargo y reflexionar sobre ello. Dicho de otro

modo, ¿qué otras personas están interesadas en la participación de los miembros en el libreto actual? La conversación subsiguiente es de índole relacional porque brinda la posibilidad de examinar las concepciones y valores de los grupos ausentes y su relación con los acontecimientos actuales. Algunos consultores que trabajan con grupos logran un fin similar dejando una silla vacía en medio del grupo, la que representa a personas ausentes que pueden tener algún interés en los temas que se debaten.

También se conecta con esto la obra de Tom Andersen y sus colaboradores (Andersen, 1991). Se le pide a un equipo que observe el desarrollo de la terapia familiar. En determinado momento, se les solicita a los observadores que cuenten lo que vieron y oyeron, mientras los participantes en la terapia (incluido el terapeuta) los escuchan. Cuando aquéllos terminan de presentar sus *reflexiones*, se invita a los consultantes a exponer lo que oyeron. Este pasaje de lo que Andersen llama la *posición de escucha* a lo que llama la *posición de reflexión* continúa a lo largo de toda la sesión, y con frecuencia uno de los grupos invita al otro a conversar en forma directa. Este estilo de terapia aporta a la conversación terapéutica nuevas voces y perspectivas que de otro modo permanecerían ausentes. Permite además que los consultantes aprecien el carácter construido de las realidades en las que viven, al multiplicar la cantidad de puntos de vista. Nos resulta concebible que estos procedimientos y otros similares puedan servir como fuentes prácticas de acción en el pasaje a la responsabilidad relacional.

Los grupos de reflexión de Andersen (1993) promueven la inclusión de estas redes de relaciones en actividades coordinadas. La posición reflexiva no sólo puede instrumentarse con los consultantes en la terapia sino también en la comunidad de los profesionales de la salud mental, brindando un foro estructurado para que los grupos alternen entre la escucha y la conversación. Concretamente, si con respecto a un cierto proyecto hay quienes están en contra y quienes están a favor, se puede pedir a los primeros que escuchen a los segundos exponer las posibilidades y limitaciones del plan propuesto. Cuando ellos terminen, sus oyentes serán invitados a reflexionar de una manera generadora sobre lo que han oído —o sea, teniendo en cuenta las ventajas y manifestando sus inquietudes—, mientras los otros asumen la posición de escucha. La repetición sucesiva de este procedimiento da a cada "parte" la oportunidad de ser escuchado dentro del grupo conversacional en el cual su postura tenga sentido. De esta manera, grupos que de otro modo se fraccionarían dentro de

una comunidad o lugar de trabajo pueden llegar a entender y apreciar la lógica en que se basan las otras posiciones.

Cabe imaginar que se podrían formular preguntas a los grupos más amplios que representamos cuando participamos en algún intercambio (o simplemente tenerlos en cuenta). Por ejemplo, ¿qué nueva comprensión podríamos construir si reflexionamos acerca de quién le ha encargado a un terapeuta que provea la clase de servicios que provee? De manera similar, ¿quién ha encomendado a un consultante buscar los servicios del terapeuta? Involucrarse en esta clase de reflexión ubica al terapeuta y al consultante dentro de una amplia red de relaciones en la que cobran credibilidad ciertas formas de acción. Este proceso reflexivo crea un contexto de racionalidad para posiciones (y acciones) que inicialmente podían verse como desproporcionadas o al menos equivocadas. Los participantes son invitados a pensar en función de temas más amplios que enfrenta el proceso terapéutico (por ejemplo, los temas económicos, temas de protección social, etc.).

Una de las principales dificultades que plantean las realidades alternativas es que no pueden comprenderse en sus propios términos; quienes escuchan las interpretan en los términos que ellos tienen disponibles, términos que a menudo son antitéticos respecto de las perspectivas alternativas. ¿Cómo hacer, entonces, para que la gente "cuente sus historias" de un modo tal que estimule más el interés que la inquisición, y permita que grupos antagónicos puedan avanzar hacia una mejor coordinación?

Un útil ejemplo es el que nos proporciona el Proyecto de Conversaciones Públicas (Becker et al., 1999, 2000; Roth et al., 1992). En este caso, cuestiones de vastas consecuencias sociales (como la del aborto) son discutidas por las "partes en conflicto" de una manera que podríamos considerar responsable en términos relacionales. Para lograr un diálogo genuino, se establecen ciertas reglas: no se interrumpirá a nadie que esté en el uso de la palabra, no se permitirán los comentarios desvalorizantes, y todos los participantes tendrán plena oportunidad de hablar. Además, se estimula a cada orador para que vuelva inteligible lo que debe contar relatando anécdotas personales. Así, se personalizan y concretan los motivos de los sentimientos de cada quien sobre el aborto, por ejemplo. Si una participante habla de su aborto después de haber sido violada, lo que está transmitiendo es mucho más que su postura psicológica o ética sobre el aborto: está invitando a los demás a participar de su experiencia de vida de la manera en que pueden compartirla.

Sin embargo, lo que genera un diálogo, en lugar de un acalorado debate, en tópicos tan sensibles como el del aborto, no es sólo la personalización de los relatos de los participantes. Luego de pedir a cada persona que exponga su singular relación con el tema, los miembros del Proyecto de Conversaciones Públicas les formulan otras dos preguntas: cada cual debe decir cuál es para él el meollo del asunto, y una vez que todos han hecho esto se invita a cada uno a comentar sobre las zonas grises o "brumosas" de la cuestión. Cabe imaginar que si la conversación se iniciara con el pedido de que cada partícipe expusiera sus propias dudas respecto del tema del aborto, habría poca oportunidad para el diálogo. Al situar la *racionalidad* de cada individuo en su propio relato relacional y estructurar la situación de modo tal que todos sean escuchados, el proyecto genera un contexto en el cual todos pueden volverse relacionalmente vulnerables sin correr grandes riesgos. Agreguemos que este proyecto ejemplifica además la posibilidad de reunir a varias comunidades diferentes en torno de una relación o conversación específica. Las comunidades más amplias de los que están "a favor de la vida" o "a favor de la posibilidad de elegir", por ejemplo, dejan atrás sus posturas de aniquilación mutua para ponerse a explorar las posibles coordinaciones.

De estas técnicas creativas podemos extraer varias guías prácticas para nuestros fines. Al hablar de relaciones entre grupos, ampliamos el espectro de nuestros posibles recursos conversacionales. Aunque la fijación de reglas básicas para la conversación pueda parecer muy extraña a nuestras conversaciones cotidianas, en algunos casos tal vez sea una innovación provechosa. El hecho de fijar el tono de la conversación (o sea, la prohibición de los insultos, rotulaciones o acusaciones recíprocas), así como las reglas concernientes a quién habla, cuándo y a quién, si bien puede parecer raro en un principio, son útiles para asegurar a todos los participantes que serán escuchados. Una vez que uno puede dar voz al contexto en el que sitúa su relato, es mucho más fácil conferirle coherencia y sensatez.

Otra práctica digna de ser desarrollada es la de desplazar la conversación del plano personal al social. Con frecuencia, en nuestras relaciones con otros grupos construimos intercambios tales que los involucrados sólo consideran legítimo debatir las cuestiones desde una perspectiva social más amplia. Me refiero a una discusión que se sostenga en el nivel de los principios abstractos o valores –principios abstractos o valores momentáneamente separados de cualquier actividad específica de los participantes, por

ejemplo, un debate sobre los procedimientos de diagnóstico rara vez se legitima sobre la base de las necesidades de pacientes concretos. En cambio, el diagnóstico frecuentemente es referido como un tema social (abstracto) más amplio en el cual los participantes adoptan posiciones que pretenden que el diagnóstico sea o “bueno” o “malo”. Las investigadoras feministas vienen abogando desde hace mucho, empero, porque "lo personal se vuelva político" y porque las esferas pública y privada de nuestra vida se fusionen. Al solicitar a los integrantes de los grupos en conflicto que se refieran a sus preocupaciones comenzando por el relato de su involucración personal, justamente los invitamos a esa fusión de lo personal y lo público. A estos fines, ¿qué pasaría si las conversaciones acerca del diagnóstico comenzaran con las historias personales de los consultantes y sus familias o comunidades? ¿Qué historias pueden narrar ellos, desde sus circunstancias locales, que puedan ayudar al terapeuta a entender qué sentido le dan a términos como “normal/anormal” o “diagnóstico”? ¿Los consultantes tienen una historia que contar acerca de sentirse anormal, acerca de sentirse normal, acerca de ser diagnosticado? Desde este punto de partida, la conversación terapéutica podría desplazarse hacia un diálogo expandido, abarcando creencias sociales más amplias y prácticas centrales para la patología/el diagnóstico. Este tipo de práctica da voz a esos ámbitos relacionales más amplios en los que cobran significación nuestros razonamientos, creencias y acciones. Es esta forma de práctica la que nos hace preguntarnos a cuáles comunidades les hablamos (o para cuáles, o desde cuáles) en un momento determinado y, en consecuencia, nos lleva a sopesar lo mismo para nuestros copartícipes en la conversación. Extender nuestras conversaciones de modo de incluir estas áreas equivale a practicar la responsabilidad relacional.

El proceso sistémico

En muchas áreas (ecología, física, misticismo, espiritualidad) prevalece la hipótesis de que el universo no está compuesto de unidades aisladas y de que la relación entre las unidades mismas no es autónoma. La teoría general de los sistemas (von Bertalanffy, 1968) ha esbozado este tipo de argumentación, y también lo ha hecho la teoría de la

deconstrucción (Derrida, 1976). El significado de cualquier número entero, acontecimiento o acción está penetrado por todo el sistema de la lengua.

Esta postura implica que no existe ningún acontecimiento embarazoso/difícil al que cada uno de nosotros no haya hecho su aporte personal. El problema del otro es también el problema nuestro. A partir de esta postura, somos invitados a multiplicar los discursos exploratorios. Si cualquier unidad reconocible puede relacionarse con cualquier otra, el paisaje de las posibilidades de comprensión de una acción cualquiera carece de horizonte visible. ¿De qué modo nuestros problemas conyugales se vinculan con las relaciones entre nuestros padres o entre nuestros hijos, con el estado de la economía, con el aumento de la delincuencia, con la disminución de la capa de ozono? ¿Cómo podemos aprovechar las metáforas, imágenes, tecnologías derivadas de otros ámbitos relacionales? ¿Pueden éstos contribuir de alguna manera?

Incorporación del "movimiento sistémico" a la práctica psicoterapéutica. Aquí desplazamos nuestras inquietudes a todo el dominio de la existencia cultural, explorando las potencialidades de la relacionalidad inherentes al vasto conjunto de las conexiones construidas. Imaginemos, pues, un espacio abierto en el cual podemos diferenciar una configuración determinada como una unidad: una pareja, una familia, una familia extensa, una familia y sus amistades, un grupo de amigos, un club, una comunidad, una red, una organización, una región, un país, etc. Luego imaginemos las posibles relaciones entre diversas unidades (entre la pareja y la familia extensa, entre la familia y la comunidad, entre la comunidad y las autoridades de la región, etc.). Mientras conceptualizamos el proceso sistémico general, con fines de indagación podemos: 1) aislar una configuración que nos interese y analizar sus relaciones con cualquier otra configuración relevante, y 2) examinar las relaciones de estas configuraciones diferentes con otras que aparecen en un espacio en expansión teóricamente indeterminado.

Tal vez uno de los ejemplos más útiles de ampliación de la participación se encuentre en la obra desarrollada por Jakko Seikkula (1995) y sus colegas. Ellos ponen en tela de juicio la noción de que el profesional es el único que "sabe" cómo reunir las piezas, qué debe buscarse y qué es lo "normal". En contraste con ello, proponen un enfoque relacional de la conversación terapéutica en el cual el énfasis está puesto en lo que las

personas hacen juntas. En su trabajo se focalizan en expandir las voces que "tienen conocimiento" del problema incluyendo en la conversación a los pacientes, miembros de la familia y otros individuos interesados. El hecho de incluir una multiplicidad de voces en la conversación sobre el "problema" invita a cada participante a exponer su "verdad" acerca de la situación. "Todo lo dicho tienen el mismo valor en la construcción de una verdad polifónica; no debemos apuntar a una sola verdad o solución, sino a generar un diálogo entre diferentes voces" (Seikkula, 1995, pág. 69).

Seikkula y su grupo describen el diagnóstico y el proceso terapéutico como un "diálogo abierto", entendiéndolo por ello que en vez de trazar una frontera en torno del equipo terapéutico, se invita a todos los involucrados (incluido el paciente) a discutir el diagnóstico y el tratamiento. "Al ampliar las fronteras de la discusión, el propio proceso conjunto comenzó a determinar el tratamiento, en lugar de que lo determinara el equipo o su plan de tratamiento" (1995, pág. 64). Para ellos, "todos los participantes se hallan en un proceso recíproco coevolutivo, de modo tal que el propio equipo terapéutico cambia en forma permanente" (pág. 64).

Uno de los rasgos más salientes del trabajo de los finlandeses es, pues, que operan "en los bordes". Al resituar la conversación terapéutica, que deja de estar en manos de los "expertos" y pasa al campo polifónico de todos los participantes, cada uno de los cuales tiene un vasto conjunto de habilidades (tanto en el plano local como profesional), se tiene acceso a los recursos potenciales de todos y se los utiliza. El "diálogo abierto" que así se genera incluye "el riesgo de la vulnerabilidad, dado que las elocuciones de cada uno están abiertas a los comentarios de los demás" (pág. 73). En una conversación de esta índole, "la psicosis ya no es considerada una característica independiente del paciente, sino una de las voces de la interacción terapéutica que tiene lugar en ese momento" (pág. 74).

Consecuentemente, la conversación terapéutica es menos "institucional" y se asemeja en mayor medida al diálogo humano. Además, el proceso de participación del equipo parece generar un diálogo no menos participativo entre la familia y los otros individuos involucrados. La habilidad del equipo radica en su capacidad para generar un diálogo entre estas diferentes voces a fin de utilizar todos los recursos disponibles. Al hacerlo, se ve en todas las voces un recurso más que un obstáculo. Por lo tanto, se reconoce que el significado deriva de las comunidades de personas en relación y no es posesión

exclusiva de un individuo. La psicosis no es concebida como una "característica evidente del consultante" sino como una forma de comprender todas las complejas y cambiantes pautas de acción.

Es significativo que esta tendencia relacional haya reducido de hecho el número de los diagnósticos de esquizofrenia y de prescripciones de psicofármacos, y haya disminuido de 320 a 63 el número de camas de hospital ocupadas en esa región de Finlandia (1995, pág. 65). El "diálogo abierto" iniciado por Seikkula y sus colaboradores apunta a establecer nuevas redes relacionales en la comunidad. Dotados de estas redes más amplias de relaciones, los miembros de la comunidad disponen ahora de una multitud de recursos a los que pueden apelar para ayudarse recíprocamente a ayudar a los "enfermos mentales".

Esta labor brinda una manera de reconocer el "movimiento sistémico". Seikkula y sus colegas aceptan y promueven en forma activa todas las iniciativas que aporten una voz nueva o diferente al ámbito de la conversación terapéutica. Según ellos, son estas voces "más lejanamente relacionadas" las que incrementan la potencialidad relacional. A medida que se suman voces, opiniones, interpretaciones, valores, etc., a la conversación, se incrementan las oportunidades de superar la tiranía del monólogo coherente. Y quizás el aspecto más interesante del trabajo de los finlandeses es que al incluir a aquellos que "en apariencia no están relacionados o interesados" (o sea, al ir más allá de la red "obvia" de relaciones), se materializan nuevos recursos tanto para la persona en crisis como para la comunidad. Los "problemas" de una persona afectan, sin duda, a redes más amplias de relaciones, y viceversa.

Numerosos esfuerzos iniciados por otros individuos apuntan en la misma dirección. Con el término genérico de "consulta a los sistemas más amplios" se designa una variedad de movimientos en curso que llevan a los terapeutas familiares a consultar con entidades médicas, grupos comunitarios, organizaciones de servicio social, los militares y las empresas (ver Wynne et al., 1986; Fruggeri et al., 1992). Una veta de esta labor gira en torno de la idea de que el tratamiento de un individuo o familia, por ejemplo, no puede comprenderse si se los separa del clima político y económico imperante en su comunidad, región o país. Otra veta consiste en traducir nuestra comprensión de los procesos microsociales (v. gr., díadas, familias) aplicándola a nuestro análisis de sedes más amplias de la vida social, como las empresas o industrias. Como han admitido la mayoría de los que

trabajan en este campo, es difícil indagar la complejidad de los procesos macrosociales sin dar voz a la ecología más vasta en la cual se asientan tales organizaciones.

En estos casos, la indagación se traslada al espectro más general de la sociedad. Al mismo tiempo, cada punto de indagación resulta necesariamente limitado, pues siempre deben excluirse algunas relaciones más generales. Lo que aún debemos mejorar es la fluidez de los procesos sistémicos por los cuales cualquier lectura, juicio o conclusión es apenas una marca temporaria en una construcción social en curso dentro de un conjunto particular de relaciones.

Conclusiones

En un sentido más amplio, cada una de estas prácticas opera a modo de dispositivo desorientador. Cada una de ellas cuestiona una o más maneras de explicar quiénes o qué son los responsables de un resultado determinado, y sugiere un marco alternativo. Cada una aporta un discurso alternativo en cada momento, y por consiguiente una nueva forma de moverse en la conversación y más allá de ésta. Quedamos desorientados, en especial, respecto del vocabulario de la inculpaación individual y de la subjetividad interna, y somos lanzados hacia el espectro más vasto de las potencialidades.

Mi objetivo es aquí apuntar a dos clases de valores. En primer lugar, valoro intensamente la inmersión en los procesos –no sólo en el flujo de la vida cotidiana sino en el proceso de comprensión, atribución y ajuste. Dejo de poner el acento en los productos finales en favor de un compromiso permanente con el proceso. Es cierto que hay resoluciones y esclarecimientos momentáneos, pero cada uno de éstos da lugar a una ulterior inmersión. No llegamos a una conclusión armoniosa sino al reacondicionamiento continuo de los recursos con vistas a la relación futura.

En este sentido, también otorgo gran valor a estar en plena resonancia con la propia *vida relacional*, o sea, a un estado en el cual cada acción esté plenamente coordinada con el vasto entorno del cual deriva su identidad. Lo que sugiero es ir más allá de la identificación formalizada y estable de la acción responsable, hasta alcanzar la sensibilidad que mantenga en conversación las múltiples voces. Creo que el intento de situar nuestras variables identidades, copárticipes, relaciones y comunidades en conversación permanente nos

ubica en un proceso abierto de coordinación que, en los hechos, constituye la responsabilidad relacional en su forma más extensa.

Estas cuatro inteligibilidades –los otros internos, las relaciones conjuntas, las relaciones entre grupos y el proceso sistémico– se nos ofrecen como alternativas frente a las elucidaciones individualistas de la responsabilidad. Ellas nos proporcionan múltiples medios de comprender la acción humana, entendiendo que está profunda e inextricablemente inserta en las formas de la vida cultural. En el contexto terapéutico, ellas pueden desestabilizar temporariamente las trilladas narraciones de los problemas, conflictos y disfunciones individuales. Si disponen de estos recursos relacionales, tanto el terapeuta como el consultante pueden sopesar las posibilidades de *usar* (o sea, de ejercer) un discurso con respecto a las de otro. Esta postura transforma los frecuentes debates sobre modernismo versus posmodernismo, modalidad individual versus modalidad relacional, cognición versus construcción social; en lugar de discutir cuál de esas opciones es la *verdadera*, se trata de ver las posibilidades discursivas potenciales (y por ende optativas) de todas las teorías, perspectivas, epistemologías, metodologías, etc. Para el psicoterapeuta, ahora la cuestión es saber qué discurso abrirá nuevas formas de relación, permitiendo así a los participantes (para decirlo con las palabras de Wittgenstein) "seguir juntos".

Referencias bibliográficas

- Andersen, T. (1991). *The reflecting team: Dialogues and dialogues about the dialogues*. Nueva York: W.W. Norton.
- Bakhtin, M. (1981). *The dialogic imagination*. Austin: University of Texas Press.
- Becker, C., Chasin, L., Chasin, R., Herzig, M. y Roth, S. (1999), Do debate estagnado a uma nova conversação sobre questões controversas: um relato de Projeto de Convergência Pública. En: D. Fried Schnitman y S. Littlejohn (comps.), *Novos paradigmas em mediação*. Puerto Alegre: Artmed, 259-273.
- Becker, C., Chasin, L., Chasin, R., Herzig, M. y Roth, S. (2000), Del debate estancado a una nueva conversación sobre los temas controvertidos: el Proyecto de Conversaciones Públicas. En: D. Fried Schnitman y J. Schnitman (comps.), *Resolución de conflictos. Nuevos diseños, nuevos contextos*. Buenos Aires-Barcelona-México-Santiago-Montevideo: Granica, 155-178.
- Boscolo, L., Cecchin, G., Hoffman, L., y Penn, P. (1987). *Milan systemic family therapy*. Nueva York: Basic Books.

- Cooperrider, D. (1999). Positive imagery, positive action: The affirmative basis of organizing. En S. Srivastva, D. Cooperrider et al. (eds.), *Appreciative management and leadership* (ed. rev.). Euclid: Williams Custom Publishing.
- Derrida, J. (1976). *Of grammatology*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Elkaïm, M. (1990). *If you love me, don't love me*. Nueva York: Basic Books.
- Epston, D. (1992). Externalized other questioning with couples: The New Zealand version. En S. Gilligan y R. Price (eds.), *Therapeutic Conversations*. Nueva York: W.W. Norton.
- Fish, S. (1980). *Is there a text in this class? The authority of interpretive communities*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Fruggeri, L., Telfner, U., Castellucci, A., Marzari, M. y Matteini, M. (eds.), *A systemic model for changing mental health service delivery*. Londres: Draper Campbell Publishers.
- Graumann, C.F. y Gergen, K.J. (eds.) (1996). *Historical dimensions of psychological discourse*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Harre, R. (1979). *Social being*. Oxford: Blackwell.
- Heelas, P. y Lock, A. (eds.) (1981). *Indigenous psychologies*. Nueva York: Academic Press.
- Kutchins, H. y Kirk, S.A. (1997). *Making us crazy*. Nueva York: The Free Press.
- Lutz, C. y Abu-Lughod, L. (eds.) (1990). *Language and the politics of emotion*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- McNamee, S. y Gergen, K.J. (1998). *Relational responsibility: Resources for sustainable dialogue*. Thousand Oaks: Sage.
- Mead, G.H. (1934). *Mind, self and society*. Chicago: Chicago University Press.
- Pearce, W.B. (1993). *Interpersonal communication: Making social worlds*. Nueva York: HarperCollins.
- Pearce, W.B. (1989). *Communication and the human condition*. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- Pearce, W.B. y Cronen, V.E. (1980). *Communication, action and meaning*. Nueva York: Praeger Press.
- Penn, P. y Frankfurt, M. (1994). Creating a participant text: Writing, multiple voices, narrative multiplicity. *Family Process*, 33: 217-232.
- Roth, S., Chasin, L., Chasin, R., Becker, y Herzig, M. (1992). From debate to dialogue: A facilitating role for family therapists in the public forum. *Dulwich Centre Newsletter*, 2: 41-48.
- Sampson, E.E. (1977). Psychology and the American ideal. *Journal of Personality and Social Psychology*, 35: 767-82.
- Sampson, E.E. (1981). Cognitive psychology as ideology. *American Psychologist*, 36: 730-743.
- Sampson, E.E. (1993). *Celebrating the other*. Boulder: Westview Press.
- Seikkula, J., Aaltonen, J., Alakare, B., Haarakangas, K., Keranen, J. y Sutela, M. (1995). Treating psychosis by means of open dialogue. En S. Friedman (ed.), *The reflecting team in action*. Nueva York: Guilford Press.
- Shotter, J. (1980). Action, joint action and intentionality. En M. Brenner (ed.), *The structure of action*. Oxford: Blackwell.
- Shotter, J. (1984). *Social accountability and selfhood*. Oxford: Basil Blackwell.
- Shotter, J. (1993). *Conversational realities*. Londres: Sage Publications.

- Shweder, R.A. (1991). *Thinking through cultures*. Cambridge: Harvard University Press.
- Tomm, K. (1985). Circular interviewing: A multifaceted clinical tool. En D. Campbell y R. Draper (eds.), *Applications of systemic family therapy: The Milan approach*. Londres: Grune and Stratton.
- Von Bertalanffy, L. (1968). *General systems theory*. Nueva York: Braziller.
- Vygotsky, L.S. (1978). *Mind in society: The development of higher psychological processes*. Cambridge: Harvard University Press.
- Wynne, L.C., McDaniel, S.H. y Weber, T.T. (1986). *Systems Consultation*. Nueva York: Guilford.

NOTAS

* *Sistemas Familiares*, 17 (2) 2001, 113-129. La traducción es de Leandro Wolfson.

** Department of Communication, University of New Hampshire, 20 College Road, Durham, NH 03824-3586, USA. E-mail: smcnamee@cisunix.unh.edu